

Para una relectura de GRAMSCI

Rodney Arismendi

Con amor pero con los ojos abiertos

Leer a Gramsci con amor pero con los ojos abiertos supone conservar el espíritu crítico y precavernos contra el proceso de subjetivación de los *Cuadernos* con vistas a encontrar allí obligatoriamente nuestras propias opiniones, es decir, aquello que hubiéramos deseado que Gramsci dijera.

Esta última manera de leer a un autor hizo mucho mal al movimiento comunista, cuando se incurría en la aberración de trazar una política e ilustrarla luego con referencias teóricas a los clásicos, con una historiografía en la que la función de la palabra era sólo verificar los aciertos del presente.

Los clásicos pasaron a ser en ciertos períodos pedestal y justificación de la línea predominante. En muchos partidos se escribieron historias de "las dos líneas", como defendiera Mao, la personal, "justa", y la otra, la de la multicolor gama de los contradictores -evidentemente demonizados.

De modo un poco más complejo el caso tiene antecedentes en la famosa historia redactada por y a inspiración de Stalin, donde se insertó como capítulo IV el trabajo sobre materialismo dialéctico y materialismo histórico.

Repetíamos al revés el procedimiento historiográfico, de meditación teórica general, de modesta finalidad didáctica o de interesado griterío de las modas, a que se nos somete y se nos sometía.

Los comunistas para la prédica imbécil fuimos hombres con el cuchillo entre los dientes; somos "totalitarios", represivos, o siervos de la amenaza soviética, sujetos más o menos pasivos al mecanismo de una alienante máquina partidaria y los de la otra línea son los adalides laicos de la libertad política, la gente de espíritu abierto y los únicos pensadores respetables si se trata de pensar en las regiones más abstractas, en particular en la filosofía.

Para los profesores en vista y ciertos "grandes intelectuales" -según lenguaje de Gramsci- éramos simples repetidores fanáticos de dogmas mil veces negados desde todas las disciplinas, ineptos para la reflexión profunda y privados de delicadeza de espíritu, somos los cautivos de una "cruda ideología".

De la historiografía hasta desaparece la Unión Soviética en su epopeya salvadora del mundo, al yugular al nazismo, y se oculta con cuidado la otra proeza del hombre comunista, vencedor de todas las pruebas y protagonista o denodado participante de todas las revoluciones socialistas, democráticas y de liberación.

Pero lo peor es que esta manipulación de los "aparatos ideológicos de la hegemonía" como los calificó Gramsci, se convierte también en metodología de moda en ciertos ámbitos de nuestro movimiento. La historia se lee y se escribe en función de ciertas prácticas políticas actuales; por lo tanto el tomo denigratorio del pasado -grande, renovador y heroico, pese a los errores- resulta tan necesario como el ancho de la solapa. El pantalón según el último figurín.

Por lo tanto, para leer a Marx según el deseo de lo que cada uno desea encontrar en sus páginas, hay que primero disminuir o hacer desaparecer grandes parcelas de su teoría. Convertir el antidogmatismo intrínseco de la filosofía y la política de Marx en parcelamiento del marxismo, en especulación sobre conceptos aislados, o a lo más, como aceptación de su obra como un gran antecedente intelectual, ya superado en parte como metodología; es decir, más genealogía que continuidad y militancia.

A veces esas versiones muestran a Marx muy próximo a las evocaciones jacobinas de su tiempo, a las que culpan de acarrear esos "viejos trastos" de la "dictadura del proletariado", la revolución socialista y la teoría clasista del Estado. Todo ello se agrava, según ellos, porque Engels aprovechó el descuido de Marx, dedicado a escribir *El Capital*, más todos los manuscritos y variantes de capítulos no publicados hasta hace poco, para filtrar su "dialéctica engelsiana", materialista vulgar (y neohegeliana a la vez) o para hipostasiar la influencia de Hegel en el marxismo (esto también se escribe) y derivar leyes dialécticas en el movimiento de todas las cosas.

Para peor vino Lenin, que ni en teoría ni en la práctica política era doctrinarista, hasta se puede admitir que leyó creadoramente a Marx y lo desarrolló, pero que agravó los problemas ya que se le ocurrió hacer la revolución en su país "subdesarrollado" y por ese camino siguieron otras revoluciones socialistas y antimperialistas, sin tomar en cuenta que Europa occidental, pese a sus desgracias, es ombligo de la historia y supremo juez intelectual en materia de pensamiento teórico. Y hay que crear, un día de estos, para ellos, un socialismo más civilizado...

Quizá se repita aquello de que hablaba Lenin: el anarquismo fue el castigo por los pecados oportunistas de la II Internacional. Quizás estemos purgando ciertos pecados de dogmatismo de algunos períodos; de la glorificación y repetición de Stalin (quien sigue esperando su verdadero estudio crítico que no debe ser ni reivindicación ni mera diatriba), el doctrinarismo infecundo que se mostraba sobre todo después del V Congreso de la Internacional Comunista y de su continuación por el VI, doblado por sectarismo y represiones dentro de los partidos o a nivel del Estado.

Fuimos responsables de haber olvidado en lugares decisivos del movimiento, la lección de Lenin de que cada revolución seguirá una vía específica nacional, libre de todo modelismo y de irresponsables repeticiones, como ocurrió con la Revolución rusa, que fue un escándalo teórico para la tradición de la II Internacional; como lo fue también para América Latina la revolución cubana.

Si bien puede ser incluso castigo por cierto retardo teórico respecto al rico proceso revolucionario mundial contemporáneo. Podríamos agregar en una larga lista de otros retrasos y hasta errores, que criticamos y autoencaramos, en tanto somos comunistas.

También es cierto que hay un "gramscianismo" bastante oficializado, que lee a Gramsci como antes, a menudo, se leía a Marx y Lenin en nuestro movimiento. Casi echan encima del sardo genial todo a lo que aspiran. Gramsci se viste entonces de socialdemócrata, de eurocomunista y hasta en un momento dado, después de 1968 pretendieron convertirlo en extremista de izquierda.

Aunque sea verdad histórica -como escribe Togliatti- que durante cierto período, cerca de la fundación del Partido, en que Gramsci coexistió más a menos con el infantilismo sectario, al que después de su encuentro con Lenin critica hasta el extremo orgánico.

Esa operación de subjetivación de Gramsci -con vistas a volverlo inofensivo y secuestrado hacia el reformismo-, comenzó casi el mismo día en que se publicaron los *Cuadernos*. Por algo el clarividente de Togliatti se apresuró a fundar el estudio de Gramsci en su línea directriz de leninismo intergiversable.

Muchas veces me he acogido a Gramsci para explicarme dentro del momento contradictorio que vive el movimiento comunista. Pero siempre salió reforzado el retrato que nos legó Togliatti.

No queremos instrumentalizar a Gramsci que sigue siendo una nutrida cantera para la reflexión filosófica y política. No queremos confundir nuestro amor por el revolucionario, es decir, por el hombre comunista, y por la aportación talentosa de su obra con el estudio teórico total y el desarrollo definitivo del marxismo y el leninismo; nos precavemos de caer en una refracción subjetiva de su pensamiento.

La aportación teórica de Gramsci es grande. Su manera de pensar es metodológicamente de fértil interés. Su reflexiva pasión política es estímulo de un esfuerzo igual en la emulación, aunque sea más modesto. Creo inclusive que es necesario llevar de nuevo a Gramsci a América Latina.

Sus ideas hace años fueron difundidas en Argentina y desde México se continúa esa circulación, incluso parece que ya está en proceso de publicación en español la indispensable edición de los *Cuadernos* de Valentín Gerratana. Circulan estudios acerca de Gramsci que manipulan sus reflexiones para todo servicio; parece una cierta moda gramsciana que reitera servilmente las refracciones de tantos simposios europeos sobre el gran sardo.

Su nombre y su lenguaje están siendo en parte secuestrados por los "metafísicos del socialismo", como los califica alegremente Pablo García Casanova, ese serio estudioso mexicano.

Es necesario hacerlo por veracidad histórica en la presentación de su pensamiento, pero también por urgencias teórico-políticas en horas en que América Latina vive el curso de una gran revolución. El estudio de Gramsci, del Gramsci estrategia de la "guerra de posiciones", que no es cierto sea en sí misma proclive al reformismo o exclusiva para ciertas peculiaridades europeas propias de períodos de lento desarrollo social.

Gramsci es siempre un brillante teórico del materialismo histórico. En esta América Latina donde la "guerra de movimientos" está logrando victorias como en Cuba, Nicaragua, Granada (antes de la invasión), y es tema concreto en otros lugares, cabe justamente demostrar que el hallazgo de Gramsci -cuando continúa la meditación de Lenin acerca del cambio de estrategia después de la derrota de las revo-

luciones europeas-, debe verse también en la práctica política como toda una dimensión: la conquista de las masas, el uso de todas las experiencias y métodos políticos al servicio del principio de hegemonía con su otra cara, la extensión a lo posible del sistema de alianzas, del análisis concreto de la situación concreta, etc. Y muy especialmente, como una gran estrategia de inserción de la clase obrera y su partido (en la construcción del "bloque histórico" para la revolución) en todos los ámbitos e instituciones donde la burguesía y el imperialismo ejercen su hegemonía, en particular en la gran pugna teórica e ideológica, y en la confrontación intelectual y ética.

Gramsci ayuda a la superación de todo sectarismo e infantilismo. Pero para ver a Gramsci en nuestro escenario, se debe también derrotar la hipótesis, de tonalidad europea, de la exclusividad de la guerra de posiciones y la comprensión metafísica de esta estrategia como "ciencia de las ciencias" de todas las estrategias, que lleve a mirar a los revolucionarios que "están haciendo la revolución" como una especie alienada de comunistas; refutan a Lenin cuando debían execrar el propio "dogmatismo" y proclamarse pragmáticos de los "variados marxismos". Fidel Castro habría errado al proclamar marxista-leninista su revolución, cuando podía asumir la gloria de llamarla de otro modo, y ganarse así el apoltronado respeto de "izquierdistas no tradicionales".

Leyendo a estudiosos europeos parece que la dialéctica "guerra de posiciones-guerra de movimientos" se esquematiza, una excluye a la otra, en vez de considerarse el caso histórico concreto, en cada correlación de fuerzas, y el íntimo entrelazamiento entre "períodos de acumulación de fuerzas" o de aproximación al poder, y el "asalto revolucionario", que no siempre supone una operación insurreccional.

Además, la reflexión acerca de la guerra de posiciones que Gramsci formula pero no desarrolla, continúa por un lado la política de Lenin de frente único y de tránsito por otras rutas que de la inmediata ofensiva hacia la hegemonía. Nació en hora de derrotas revolucionarias, de reflujo de la "situación revolucionaria" general en Europa y del desaprovechamiento, por falta de partidos del estilo del de Lenin, de las "situaciones revolucionarias concretas" que se produjeron en muchos países de Europa. Correspondió en su inicio -en términos de Marx- al pasaje a un nuevo "período de más lento desarrollo social".

Es cierto que Gramsci va más lejos y examina las diferencias históricas -que ya había subrayado Lenin- entre la Revolución rusa y las mayores dificultades en las "sociedades civiles" europeas. Y comienza a estudiar en particular el tema del Estado y de la necesidad de profundizar estudios de la teoría al respecto de Marx, Engels y Lenin, quizá para llegar, por allí, al papel de los aparatos ideológicos y a pensar la singularidad de lo que se llamó más tarde, en una totalización con ribetes dogmáticos de otro tipo, la "vía de Europa occidental" al socialismo. Aunque sobre este aspecto se atribuye a Gramsci los enfoques actuales de éste u otro partido, cuando Gramsci era hombre de su tiempo y pensaba la revolución como un acto de violencia, y no separó nunca el consenso -subrayado al final de su vida- de la indispensable coerción revolucionaria.

Gramsci hace hincapié en la gran contienda del Lenin del III Congreso de la IC, seguido del IV, cuando destacó, contra la mayoría de la delegación italiana, entre otras, que en Europa -donde toda la clase obrera estaba organizada- la revolución

exigía y pasaba por la conquista de su mayoría. Estos aspectos los examino en el libro *Lenin, la revolución y América Latina*.

Queda ahora en pie, en la nueva situación histórica, condicionada por la gravitación del sistema socialista y la disgregación del sistema colonial, el aumento de las posibilidades reales de una revolución o revoluciones por vías más o menos "pacíficas". En su tiempo, Gramsci, como todos los leninistas, consideraba esta posibilidad como un simple y barato kautskismo. Pero el ensanchamiento de esa ruta al socialismo no invalida la tesis que elaboraron Marx y Engels luego de la experiencia de la Comuna de París, de la indispensable necesidad de toda revolución popular o socialista, de "destruir" la vieja "máquina burocrático-militar" del Estado y construir otra acorde con el cambio cualitativo social y político.

Gramsci parece no haber hablado explícitamente de ello en los *Cuadernos*. Pero el Gramsci más joven subrayó:

"Estamos convencidos, después de las experiencias revolucionarias de Rusia, Hungría y Alemania, de que *el Estado socialista no puede encarnarse en las instituciones del Estado capitalista*, sino que es una creación fundamentalmente nueva respecto a éstos, aunque no lo sea en relación a la historia del proletariado".

Es este concepto el que aparece en Marx luego de la experiencia de la Comuna y que es punto nodal del ensayo de Lenin de la relación entre Estado y revolución. Creemos a este concepto (lo analizamos en otra obra) de plena actualidad. Incluso su aplicación es definitoria en el caso de una revolución más o menos "pacífica".

Hay que recordar que Gramsci desdobra lo que llama "principio de hegemonía" (la más alta aportación de Lenin, según él, a la teoría y la política marxista) en dos momentos. El primero que corresponde al proceso de conquista de la dirección de la clase obrera, es decir, pasar a ser vanguardia real con todos sus aliados, lo que permite, incluso, neutralizar a sectores intermedios; y el segundo, la conquista del poder o "fundación de un nuevo Estado" que Gramsci distingue metodológicamente pero no de modo orgánico, de la dictadura del proletariado. Como lo hemos demostrado en otras oportunidades esta postulación se identifica exactamente con los expuestos razonamientos de Lenin.

Creo necesario estudiar más a Gramsci en América Latina, y justamente porque no deseo subjetivizar esa lectura porque amo y respeto la vida y la obra de este gran leninista, pienso que debo expresar mis perplejidades, dudas y algunas claras diferencias de criterio, dentro de la modestia que corresponde a mis posibilidades.

Pienso que Gramsci todo, el de los escritos juveniles y políticos y el de los *Cuadernos*, es altamente aprovechable. Y si me ciño al "ritmo de su pensamiento" y no a los detalles, justo consejo que Togliatti recoge del profesor E. Garin, las diferencias se encogen. Esto obedece, por un lado, al carácter militante del Gramsci político, y a que filosóficamente, su reflexión acerca del materialismo histórico es aporte a la teoría original y hasta se puede estar en casi todo de acuerdo con ella si nos situamos sólo en el ámbito de la teoría de la historia. Por otro lado, vemos que su profunda indagación deja un gran cabo suelto, la cuestión del materialismo dialéctico, y en particular la prevención de Gramsci contra el materialismo en general. Ese cabo suelto es, sin duda, filosóficamente, una significativa diferencia. La manipulación teorizadora interesada hace surgir de aquí "dos marxismos" contrapuestos (como de la coincidencia esencial marxista de Lenin y Rosa Luxemburgo, deri-

van instrumentalmente y también de modo fraudulento, dos marxismos, privilegiando el tamaño de la diferencias), sin embargo, se pueden leer casi todo *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce* (como al respecto se titula el tomo de la edición temática de los *Cuadernos*) circunscribiendo el espacio de la diferencia. Esto que pasa con Gramsci no ocurre con otros, con el joven Lukács -el de *Historia y conciencia de clase* a causa de su hegelianismo juvenil más pronunciado. Aunque -se sabe- Lukács nos lega a través de su autocrítica de 1968, una corrección de lo que él llamara "su camino hacia Marx". Lukács es un gran filósofo, admirador de Marx y Lenin y en algunas cosas más adentrado en la singularidad de la filosofía que el mismo Gramsci.

Por lo mismo creemos que toda lectura de Gramsci que no sea histórica y no relacione su pensamiento con su práctica y con el prolijo estudio crítico de sus fuentes, puede conducir a errores.

Hay un Gramsci anterior a la expresión política intelectual de la Revolución rusa y de Lenin, y hay un Gramsci después de Lenin con sus etapas fundamentalmente: el de las acciones y el movimiento de los Consejos y luego, cuando la aparición del fascismo, el dirigente del Partido Comunista Italiano, en particular sus artículos, informes y ensayos como *La questione meridionale* en el período 1922-1926, y el Gramsci de la Internacional Comunista e interlocutor de Lenin. Este período -1922-1926- es de ensanchamiento político y filosófico del horizonte gramsciano y de su problemática. Y es de maduración de sus tesis más notorias y características.

Debe subrayarse la etapa del 17-20 porque ella marca su propia experiencia en medio de la clase obrera y es el comienzo de su recorrido práctico desde la fundación a la jefatura del Partido. Se debe comprender como un momento privilegiado el viaje a la URSS, la asistencia al IV Congreso de la Internacional Comunista y la conversación con Lenin (luego, su estadía en la Unión Soviética y su trabajo en la IC), período en donde se fueron acuñando las ideas fundamentales acerca de las cuales Gramsci medita en los *Cuadernos*. Lapso decisivo incluso en su vida personal: el encuentro y casamiento con Julia Schucht,¹ único contacto de Gramsci con el gran amor.

En ese período Gramsci se afirma intelectualmente y se realiza como militante y dirigente revolucionario, en lo teórico-político. Este trecho comprende una captación en profundidad del concepto leninista de hegemonía, base para su ulterior desarrollo, y de la advertencia que hiciera Lenin del inicio de un nuevo momento europeo internacional: el socialismo deberá construirse en un solo país, tema cardinal en que está de acuerdo con Lenin, quien formuló la tesis, y por extensión con Stalin y la mayoría de la dirección bolchevique que la hiciera suya. Como, en forma por demás explícita, lo estampa en los *Cuadernos*.

La revolución europea pasa a la defensiva y a un largo lapso de "lento desarrollo social" (ver informes de Lenin al III y IV Congresos de la IC) y surge la necesidad de una nueva estrategia. Gramsci condena la teoría de Trotsky "de la ofensiva", y la de la "revolución permanente", dos tesis que habitualmente los comentaristas confunden en una sola. La denuncia de la "revolución permanente" es consustancial al principio de "hegemonía obrera", de "alianza obrero-campesina" y el de la "guerra de posiciones". Como estos conceptos, reunidos en el marco teórico de la

¹ * En la publicación y en el original dice "Schultz". [N.R.]

restauración del dinamismo de la concepción de Marx del materialismo histórico - ya restablecidos por Lenin en *Quiénes son los amigos del pueblo*-, se sintetizarán en la categoría gramsciana de "bloque histórico". La teoría de la ofensiva de Trotsky es la otra cara de su teoría aventurera de la "exportación de la revolución" a través de la "guerra revolucionaria", constantemente denunciada por Lenin.

Togliatti insiste que en ese período -incluso después del retorno a Viena- Gramsci se impacta casi hasta la obsesión por el problema del Partido, por su construcción y su papel. Esto es lógico, la teoría de la conquista de la hegemonía se concreta en la teoría leninista del Partido, expresada como unidad de teoría y práctica. Lenin lo repite en *¿Qué hacer?* (y otros libros del período como en *Un paso adelante...*), afirmando la teoría del Partido como unidad de teoría, política y organización.

Recuérdese que Lenin respondió en ese período a los que proclamaban el asalto inmediato al poder con dos conceptos básicos: 1) necesidad de la conquista de las masas, en especial de la "mayoría" obrera para hacer la revolución, y 2) no hay "situación sin salida" para la burguesía, el triunfo depende de la capacidad del Partido para aprovechar las críticas coyunturas económicas y políticas.

Pero en este período y en el período en que vivió en la URSS y Europa (Viena, sede para Europa occidental de la IC), Gramsci profundiza sus inquietudes filosóficas. Al parecer se torna imperiosa la necesidad de poner a tono su vida política con la conciencia filosófica.

Pero además fue testigo, directo o por información, de dos grandes discusiones filosóficas dentro del marxismo: una, en la URSS, el debate a dos puntas contra Deborin que "no diferencia bastante" la dialéctica de Marx y la de Hegel y que "subestima la etapa leninista" en la filosofía marxista, y contra Bogdánov y Bujarin (dos antiguos contendientes de Lenin) por sus tendencias al mecanicismo (a la no dialéctica, al materialismo vulgar). De la vertiente propiamente política bebió Gramsci prácticamente hasta la prisión.

Hasta ese momento no hay documentación (cartas, conversaciones, etc.) ni informes de que hubiera mantenido discrepancias con los bolcheviques y la IC. Incluso, después de preso anota en los *Cuadernos* críticas a Trotsky y se incluye en una nota a favor del punto de vista de Stalin acerca de la construcción del socialismo en un solo país. Esta tesis surgió antes de octubre del 17 elaborada por Lenin como posibilidad real y se incluye en la teoría de la revolución socialista; no es, como se dice a menudo, un invento de Stalin.

Para Marx y Engels la más alta probabilidad de la revolución es su simultaneidad en un grupo de países de los más desarrollados de Europa.

Como la otra cara de su análisis del imperialismo, Lenin piensa que la ruptura de la cadena imperialista se produciría en el eslabón más débil -cosa que ocurrió en Rusia-, aunque ya había afirmado la tesis de la revolución como un vasto y largo proceso, una época de tránsito del capitalismo al socialismo en escala internacional.

En el tal tránsito interviene no sólo la clase obrera de los países imperialistas sino todo el mundo, en primer término, las revoluciones de los pueblos coloniales, semicoloniales y dependientes.

Puede haber entonces un momento histórico en que haya un país socialista rodeado por "países burgueses y pequeñoburgueses". Esto Lenin lo advierte antes de Octubre. Lo confirma con la Revolución rusa. Vuelve a ello en su elaboración de la teoría de la revolución socialista en reiterados textos.

Desde luego, cuando a la Revolución rusa siguen las revoluciones europeas: alemana, húngara (efímera en su victoria), estoniana y finlandesa, y las grandes conmociones obreras de todo el continente, Lenin ve en ellas la mejor alternativa, incluso para edificar el socialismo en la URSS con ayuda de los países más desarrollados como Alemania.

No es necesario ser un lince para advertir qué enorme trastrocamiento en el cuadro mundial hubiera significado el triunfo de la revolución socialista en Alemania, sumándose a la gesta redentora de Octubre de 1917.

Lenin entiende que se debe emprender la obra de explorar los caminos vírgenes de la revolución socialista en las peores condiciones, el atraso ruso y asiático y el cerco imperialista.

Lenin analiza en concreto: han cambiado ahora los datos del planteamiento del problema: se debe defender el hogar recién nacido del socialismo (ya lo había explicado contra la corriente cuando la paz de Brest), se debe construir el socialismo en el cerco y bajo la acechanza imperialista, en una hora de reflujo y derrota de la revolución en Europa. Para esa obra no hay textos, salvo indicaciones generales como la *Crítica al programa de Gotha*; todo es inédito y todo debe ser creador y con carácter experimental.

Así se pasó del "comunismo de guerra" a la NEP. En política internacional Lenin piensa la línea fundamental de la coexistencia pacífica de los dos sistemas sociales antagónicos. Hay que adecuarse a la nueva correlación de fuerzas. Se deben ver las indicaciones de Lenin a Chicherin y otros dirigentes, acerca de la obligatoria coexistencia pacífica por todo un período histórico del nuevo Estado socialista con los países de régimen capitalista, indispensable inclusive para la conservación de la paz mundial.

Sin embargo, Lenin, gran dialéctico de la revolución, une a su idea estratégica de un posible lento desarrollo europeo (condición objetiva para lo que Gramsci llamara la "guerra de posiciones"), con el despertar de Asia y otros continentes.

Enorme valor histórico y político tiene el II Congreso de la IC donde se desarrolló la teoría de la revolución socialista internacional y se echan generalmente las bases para una nueva concepción de la revolución de los pueblos coloniales y dependientes. Allí se desarrolla la teoría de Lenin de la revolución socialista internacional -ya acuñada en obras de análisis de la época del imperialismo- y se concreta la estrategia de los "frentes ant imperialistas". Lenin tiene cerca a Asia, la experiencia de Sun Sen y las revoluciones turca y persa, y tiene también como fuente de experiencia internacional la propia revolución socialista en el ex-imperio zarista que era "una cárcel de pueblos".

También de esta relación de la revolución socialista con la liberación nacional de otros pueblos, se puede extraer la enseñanza del "principio de hegemonía" y de los "bloques históricos" que se torna núcleo vertebral de la reflexión gramsciana.

Todo esto está en Lenin antes de 1905 (*Dos tácticas...* y otras obras), incluso en

las *Tesis de Abril* de 1917, y antes y después de la Revolución rusa (1912-1917) como tesis de la revolución socialista y del papel internacional (obrero e internacionalista) de la URSS respecto a su alianza con las revoluciones de los pueblos coloniales y dependientes y el movimiento antimperialista mundial.

En ese sentido resulta cómico leer los "descubrimientos" de tantos pseudo eruditos (a veces "grandes intelectuales" y de los otros) en los simposios gramscianos, que andan alrededor del "principio de hegemonía" sin meterse adentro (Lenin diría como "gato frente a la leche hirviendo"), porque hacerlo les echa abajo buena parte de sus lucubraciones. Una de ellas es presentar la idea de la construcción del socialismo en un solo país como invención de Stalin, "desviación nacionalista" que perjudicó la revolución en Europa. Otra, es considerarlo sólo desde el ángulo de una lucha de ideas con los aparatos ideológicos, desfiguración del enfoque gramsciano que no separa la dialéctica de estructuras y superestructuras, ni invalida el condicionante material, incluso de lo que llama "la reforma intelectual y moral", denominación tomada al parecer de Renán, para mimetizar la categoría leninista de la "revolución cultural".

Se olvida además, distinguir (lo que sería mortal como error de los latinoamericanos), que el criterio de la hegemonía de la clase obrera es la condición habilitante para la unidad, en un solo proceso histórico, de las revoluciones democráticas, o democráticas-antimperialistas, y socialistas.

Toda la especulación erudita de Norberto Bobbio (que repite Vittorio Strada - Bobbio habla de oídas ya que no sabe ruso), acerca de que Lenin usa poco el vocablo hegemonía y más el de dirección -fruto de la compulsión de dos términos rusos- carece de interés. En Lenin el concepto de hegemonía del proletariado en las revoluciones es esencial. Y es durante su estancia en Moscú y su trabajo en la Internacional (en vida de Lenin) que Gramsci lo recoge, lo medita y luego lo invoca como aportación fundamental "de Ilic" (Lenin). Y de allí nos vino a todos. Todos los antiguos comunistas lo usábamos comúnmente. Por lo tanto, la afirmación de que Lenin usa preferentemente el concepto de dirección más que hegemonía es "interesante" para una especulación filológica, pero carece de validez histórica y teórico-política.

Volviendo a Gramsci y al tema de que no se conoce discrepancia de él con los bolcheviques, digamos que sí se sabe sólo de dos prevenciones de distinto calibre con la dirección soviética y la Internacional Comunista. Una gira en torno al peligro de división que se cierne sobre todo el movimiento con motivo del duro debate interno en el núcleo de dirección bolchevique.

Parece que Gramsci advierte acerca del método de la discusión y los riesgos que aparece. Es el caso de la carta que Togliatti no entregó a la IC.

La otra diferencia es más de fondo ya que afecta a la evaluación del momento internacional y de la situación del capitalismo, y compromete toda la estrategia mundial del movimiento comunista.

Por consecuencia, ello afecta muy particularmente a la estrategia frente al fascismo, nuevo fenómeno en Italia y el mundo. En los *Cuadernos* reina el silencio; pero se afirma con verosimilitud que Gramsci consideraba erróneas las resoluciones sectarizantes del VI Congreso de la Internacional, que se separó de las tesis de Lenin sobre la táctica de masas y el frente único y que responde a errores

en formulaciones respecto a la socialdemocracia con el torpe calificativo de social-fascismo.

Esta estrategia condujo a aislamientos políticos en plena hora de crisis económica del capitalismo acompañada por luchas importantes de la clase obrera pero también de ofensiva del fascismo.

En consecuencia, Gramsci disiente con el "clase contra clase" y con la calificación errónea, desde el ángulo científico, y ruinosa desde el punto de vista político, de socialfascistas, lanzada contra los socialdemócratas.

Desde luego que los socialdemócratas no eran ángeles o víctimas. Ellos habían participado en intervenciones militares con los gobiernos imperialistas de sus países contra la Revolución rusa y habían sido cómplices activos en la asfixia de las revoluciones en Alemania y Hungría y de la represión feroz, incluso el asesinato de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. E hicieron del reformismo chato la razón de ser de su integración al capitalismo y de su repulsa de la revolución socialista. Si Gramsci discrepó con la torpe calificación, que además terminaba de liquidar el criterio de Lenin defendido en el III Congreso de la Internacional respecto al "frente único", ello no alteró su condena enérgica del socialdemocratismo a texto expreso y con singular dureza.

Se puede decir que todo el Gramsci político de ese período es fértil y aleccionador. Y que madura sus reflexiones cerca de la experiencia de las luchas de 1919-1920 y de los Consejos Obreros. Allí afirma su leninismo creadoramente.

Cristina Buci-Glucksmann -cuyo corazón es "eurocomunista"- dice con bastante certeza que recién del 24 al 29 se han consolidado (en desarrollo) las ideas de Gramsci sobre la hegemonía y sólo al final (1929) aparecen las primeras ideas que relacionan ese principio con la teoría del Estado. Si se revisa la edición de Gerratana es posible coincidir en parte con esta afirmación, aunque testimonios al respecto y el conocimiento de Lenin, hacen pensar que en Gramsci la idea ya estaba sedimentada. Como por otra parte, quizá sin tanto vuelo, ella era de manejo habitual de todo el movimiento comunista internacional.

Resulta del estudio de la obra de Gramsci absolutamente gratuita, la atribución, a veces insinuada, que aspira a ver en las opiniones de Gramsci fulgores anticipados de una contradicción teórica precoz con los comunistas y de cierto antisovietismo al uso.

Globalmente, según "el ritmo del pensamiento", el interés teórico de la larga reflexión de los *Cuadernos*, merece el más atento y admirado estudio.

Me parece que a Gramsci es menester tomarlo "en su momento" o proceso. La edición de Gerratana de los *Cuadernos* impulsa a ello. En esa trayectoria de Gramsci se han producido evidentemente, desfasajes entre su maduración política, en continuación del leninismo, y aspectos de la elaboración formal de su conciencia filosófica. Y esto ocurrió, me parece, por un cierto período.

Gramsci resuelve recomponer ese destiempo o darle forma cuidada en los *Cuadernos*. No hay que pensar esto de modo rígido, es decir, que antes del 17 Gramsci se pronuncia por el socialismo y por el marxismo mientras sigue siendo, predominantemente espiritualista. Incluso después del 17 y del encuentro intelectual con la Revolución rusa -momento registrado con fidelidad por el artículo *La revolución*

contra *El Capital*, Gramsci avanza teórica y políticamente hacia el leninismo, pero el desfase parece proseguir en ciertas latencias filosóficas.

Sólo en los *Cuadernos*, de manera formal -a pesar de los resabios de su iniciación filosófica- los dos Gramsci, el político y el filósofo, se reunificaron formalizados.

Este planteamiento puede volverse simplista al extremo, pero vale en tanto atisba una ancha pista. Los dos Gramsci se mueven en la misma dirección, se influyen mutuamente a diversos niveles, llevando la delantera el político. Aunque no siempre fue así. Parece que en la opción: *Lenin o II Internacional*, fue el filósofo que ayudó al político. Que si bien su jefatura de Partido es un instante de síntesis, esto no fue todavía teorizado en el plano filosófico hasta llegar a los *Cuadernos*.

El artículo *La revolución contra El Capital* es subjetivamente justo como reacción contra el materialismo vulgar y la positivización del marxismo y el reformismo, en tanto exalta la *actividad*, la *revolución*, aunque se expresa todavía con un léxico livianamente bergsoniano.

Parece evidente para el lector en serio de los *Cuadernos*, que en el desarrollo, siempre Lenin, revolucionario práctico, teórico social, comunista, político y filosófico, es para Gramsci un paradigma. Esto está presente siempre aún en el auto-cuestionamiento de Gramsci hasta llegar a la afirmación de los *Cuadernos* acerca de la relación entre Lenin y Marx como creadores del *Weltanschauung*. Por otra parte, ello es así también en el joven Lukács por lo que resulta también evidente que en ese entrecruzamiento de reflejos, de esos dos espejos paralelos, la filosofía y la política, las polémicas de Moscú y Berlín dejaron huellas.

Se debe sospechar que si Gramsci no discrepaba con la línea triunfante, su corazón y su cabeza estaban más cerca de Deborin que de Bujarin, en cuanto a la valoración de Hegel -extremada en Deborin hasta perder de vista la revolución filosófica de Marx. Aunque después, incluso en el notorio texto de Stalin, se asistió a una minimización de su pensamiento dialéctico, encubriéndose en su alta estimación por Marx, Engels y Lenin.

Parece probado que con ostensibles diferencias, el debate de Berlín le dejó marcas visibles que se perciben a la hora del reajuste de conciencia filosófica y de formulación de la filosofía de la praxis. Sobre todo en el criterio central de referir toda la filosofía a la historia. Por allí pasa levemente como una sombra subrepticia.

En la argumentación de ciertas referencias al materialismo (contra la categoría de materia como metafísica, y como espiritualismo al revés) el lenguaje repite casi textualmente a Fogarazi y Lukács y también su argumentación.

En el planteamiento general, la filosofía de la praxis se sitúa muy cercana a ciertos textos y razonamientos de Lukács (que no se sabe si Gramsci conoció bien), aunque cruje por la abstracción de Lukács esa relación. La brillante crítica de Gramsci, al tomar a Bujarin por adversario principal para su propia meditación, le resultaba por demás cómoda desde el punto de vista político, ya que le era muy conocida la crítica de Lenin (incluso el debate reciente acerca de los sindicatos) que sacude el ámbito soviético en proximidad al arribo de Gramsci a Moscú.

Bujarin fue muchas veces criticado por Lenin por su ausencia de dialéctica, como lo subraya incluso el llamado Testamento. Su texto era un blanco ideal por sus resbalones materialistas vulgares, por sus imprecisiones terminológicas bastante

comunes en los autodidactas, por su enfoque más positivista que marxista acerca del papel de las ciencias naturales.

Gramsci, que enseña mucho y problematiza más, en su brillante crítica al *Manual* de Bujarin, incurre sin embargo, y a plena conciencia, en el error que él mismo señala al criticado, "mata luciérnagas" para curar el insomnio que le provoca la luna.

Porque al pasarse de la raya hasta un cierto desdén por el materialismo, Gramsci parece tropezar con Engels y Lenin, pero también con Marx.

¿Pero por qué esa cierta descalificación del materialismo y esa resistencia, por lo menos, a tomar en cuenta las ciencias naturales en toda su extensión y papel?

C. B. Glucksmann responde a la crítica de Althusser diciendo ("con amor") que Gramsci valorizaba adecuadamente las ciencias naturales, pero no es muy convincente.

Yo sitúo el tema en ese proceso dialéctico de político comunista y pensador que va ajustando su conciencia filosófica.

Esto tiene que ver, como se ha dicho, con su formación juvenil, pero con Europa e Italia. Aunque parezca disgresivo, haré la tentativa de recordar más extensamente, entre qué fantasmas filosóficos camina Gramsci y cómo los fue exorcizando. Para ello deberé compulsar los autores y comentarios que compusieron el inventario de lecturas juveniles y universitarias del gran pensador comunista italiano.²

* Publicado en separata de *Estudios* N° 100, octubre de 1987.

El original dactilografiado se encuentra en el Archivo de la Fundación Rodney Arismendi [Carpeta 24]. Se han efectuado correcciones ortográficas, en particular de nombres propios, de puntuación, etc.

Fundación Rodney Arismendi

² El esbozo de este estudio integra una voluminosa carpeta, entre las doce que conformaron la investigación.